

# Tipos populares

## Un gran político

S. E. Macanita



Le debes conocer indudablemente. No hay duda de que en esta aldea es muy fácil conocer á todo el mundo. Y sobre todo es imposible desconocer á aquellos hombres que están fuera de la vulgaridad: ó arriba ó abajo, pero fuera al fin. No hay duda que debes haber sentido alguna vez la suprema caricia de sus andrajos. Hoy lo veo, en este día de sol, en plena plaza Independencia, bañándose, como otro nuevo Diógenes, en la rubia luz del astro. Me acerco solapadamente, como un felino que se prepara á dar el zarpazo. Pero, me mira indiferente; no hay duda que yo para él, pertenezco al enorme número de los invisibles á fuerza de ser vulres y repetidos. Sin embargo le interrogo:

—¿Cómo le va?

El atorrante me mira desconfiadamente. Hace un brusco movimiento como para huir, pero parece que los pies le hubieran echado raíces; no se ha movido. Al fin se resigna y me contesta, tranquilamente, serenamente:

—Bien... no me puede ir mal cuando hay sol.

He aquí una bella respuesta, una bella frase que quisieran para sí muchos escritores que conozco. Esta contestación me inspira una confianza ilimi-

tada. Parece que yo tampoco le desagrado, y hablamos, hablamos... No hay cosa más bella que hablar con los locos ó con los vagabundos. Son los únicos que os sabrán decir cosas nuevas y deliciosas. Los otros hombres, no hacen más que repetir conversaciones, las mismas palabras, los mismos conceptos, los mismos razonamientos: son asquerosamente iguales. Solo los locos ó los vagabundos tienen en sus labios, como un raudal divino la palabra desconocida y bella que abre nuevos horizontes á la imaginación y da nuevos países al ensueño.

—Escuchallo.

—Yo pertenezco á una familia muy rica de Chile. Mi abuelo fué de los guerreros aquellos que con O'Higgins, arrebataron al león español, la larga serpiente del pais chileno. Yo desde joven estudié; después fui abogado; después me dediqué á la política. Tenía cuando Balmaceda, una gran solución que hubiera removido todo el mundo civilizado. ¡Ah! ¡Pero Vd. no sabe lo que son los políticos! No hay nada más abyecto, nada más inmoral, nada más repulsivo que los políticos. Yo presenté mi proyecto y todos se rieron de mí. Caminé con la cruz á cuestas, por la calle de la Amargura. Y al fin los judíos me crucificaron en caricatura, en las páginas de un periódico. Loco de indignación y dolor he venido aquí. Hace ya varios años que estoy. Tengo un gran amigo, un luminoso amigo, un fidelísimo amigo.

—¿Quién es?

—El Sol. El me alegra, me consuela, me da fuerzas para vivir. El trabajo no lo conozco hace mucho tiempo. El trabajo como la virtud, son buenos para los que no saben ó no pueden colocarse sobre ellos. Vd. ve: todos los mediocres, todos los vulgares trabajan. La vida los ha hecho esclavos; lo que soy yo, he esclavizado la vida. Ella me sirve como una dulce y cariñosa amante. Yo no me preocupo ni siquiera de ella; solo pido una cosa: que no me falte el Sol.

—¿Y los hombres?

—¡Bah! ¡los hombres no me importan! son malos á fuerza de ser estúpidos. Vd. no puede conocer los hombres como yo los conozco. Para darse cuenta de lo que vale una persona, hay que ponerla frente á la asquerosidad de los harapos. De los seres humanos los únicos que me interesan son los niños...

En esto unos cuantos pilletes que pasan por nuestro lado, comienzan á saludar á mi interlocutor con una lluvia de cáscaras de naranja. Al mismo tiempo le gritan:

—¡Macanita! ¡Macanita!

Entonces él, me abandona, y empuñando una enorme macana que es su arma favorita para defenderse de los perros y de los hombres, desaparece en pos de los atacantes. A lo lejos se oye:

—¡Macanita! ¡Macanita!

ALBERTO LASPLACES.

Noviembre de 1909,